



Aquí tambien estaba el enorme tambor cilíndrico hecho de pieles de serpientes, y solo tañido en casos extraordinarios, en los cuales difundia un sonido melancólico que podia oirse por muchas millas; sonido funesto en época posterior para los españoles.

Acompañado Montezuma del sumo sacerdote, se adelantó á recibir á Cortés luego que llegó á la cumbre. „Estais fatigado, Malinche,“ díjole, „de subir á nuestro gran templo;“ pero Cortés con una estudiada política, le aseguró, „que los españoles nunca se cansaban.“ Despues, tomándole el emperador por la mano, le señaló los lugares vecinos. El templo en que se hallaban, descollaba sobre los demas edificios de la capital, y proporcionaba el mas elevado, así como el mas central punto de vista. A sus piés se extendia la ciudad como un mapa, con sus calles y canales, cortándose unos á los otros en ángulos rectos, y sus azoteas floreciendo cual otros tantos jardines. Cada lugar daba muestras de vida con los negocios y el bullicio. Veíase á las canoas subir y bajar los canales, las calles estaban llenas de gente, vestidas con su traje alegre y pintoresco, al paso que de la plaza del mercado que tan recientemente habian dejado, se levantaba por el aire un confuso murmullo de muchos sonidos y voces (24). Podian distinguir claramente el simétrico plan de la ciudad, con sus principales calles que salian de las cuatro puertas del *coatepantli* y se unian con las calzadas que formaban las grandes entradas á la capital. Este hermoso y ordenado arreglo estaba imitado en muchas de las ciudades inferiores, donde los grandes caminos se dirigian directamente al *teocalli* principal, ó catedral como un foco comun (25). Podian ver la posicion insular de la metrópoli, bañada en todos lados por la salada laguna de Tezcuco; y á alguna distancia las claras é insalobres aguas de Chalco. Mas adelante se extendia una ancha línea de campos y ondulantes selvas con los pulidos muros de muchos elevados templos que se levantaban sobre los árboles y coronaban las cumbres de los lejanos collados (26). Llegaba la vista por una línea no interrumpida, hasta la misma base

(24) „Tornamos á ver la gran plaza, y la multitud de gente que en ella habia, unos comprando y otros vendiendo, que solamente el rumor, y zumbido de las voces y palabras que allí habia, sonaba mas que de una legua.“ Bernal Diaz, Hist. de la conquista, cap. 92.

(25) „Y por honrar mas sus templos sacaban los caminos muy derechos por cordel de una y de dos leguas que era cosa harto de ver, desde lo alto del principal templo, como venian de todos los pueblos menores y barrios; salian los caminos muy derechos y iban á dar al patio de los teocallis.“ Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(26) „No se contentaba el demonio con los (teucales) ya dichos, sino que en cada pueblo, en cada barrio y á cuarto de legua, tenian otros patios pequeños adonde habia tres ó cuatro teocallis, y en algunos mas, en otras partes solo uno y en cada mogote ó cerrejon uno ó dos, y por los caminos y entre los maizales habia otros muchos pequeños y todos estaban blancos y encalados, que parecian y abultaban mucho, que en la tierra bien poblada parecia que todo estaba lleno de casas, en especial de los patios del demonio que eran muy de ver.“ Toribio, Hist. de los indios, MS., ubi supra.

de las montañas, cuyos nevados picos brillaban con los rayos de la mañana como si fueran tocados por el fuego, al mismo tiempo que largas y oscuras nubes de vapor, salían de la blanca cima del Popocatepetl, como diciendo que el destructor elemento germinaba en el seno del hermoso valle.

Llenóse Cortés de admiración con la vista de este grande y hermoso espectáculo, y manifestó sus sentimientos en un lenguaje animado al emperador, señor de estos florecientes dominios. Bien pronto tomaron sus pensamientos otra dirección, y volviéndose al Padre Olmedo que estaba á su lado, le indicó la idea de que la cumbre del templo proporcionaría la posición mas visible para la cruz de Cristo, si Montezuma permitía que se plantara allí; pero el discreto eclesiástico, con el buen sentido que en estos casos parece haber faltado tan lamentablemente al general, le recordó, que tal petición podía ser entonces muy fuera de tiempo, pues el monarca indio no había mostrado aun disposición favorable para convertirse al cristianismo (27).

Luego pidió Cortés á Montezuma le permitiera entrar á los santuarios y ver los relicarios de sus dioses. Consintió en ello despues de una breve conferencia con los sacerdotes y condujo á los españoles al interior del edificio. Encontráronse en un espacioso lugar, cuyas paredes de estuco tenían esculpidas varias figuras que representaban, tal vez, el calendario mejicano ó el ritual sacerdotal. En un extremo del salon habia un retrete cuyo techo de madera estaba ricamente esculpido y dorado. Delante del altar de este santuario, se hallaba la imágen colosal de Huitziloputzli, deidad tutelar, y dios de la guerra de los aztecas. Su semblante estaba desfigurado con los horribles lineamientos de una misteriosa significación. En su mano derecha empuñaba un arco, y en la izquierda un manojo de saetas de oro, que una tradición religiosa había unido á las victorias de su pueblo. Una hermosa serpiente de perlas y piedras preciosas ceñía su cintura, y los mismos ricos materiales estaban pródigamente esparcidos sobre su persona. En su pié derecho veíanse las delicadas plumas del colibrí que, cosa singular, daban su nombre á la terrible divinidad (28). Su adorno mas notable era una cadena de corazones de oro y plata alternados, que pendía de su cuello; emblema del sacrificio en que mas se deleitaba. Otra prueba mas inequívoca de esto se mostraba en tres corazones que estaban entonces delante del altar humeando y casi palpitando, como si se hubieran arrancado recientemente á las víctimas.

El inmediato santuario estaba dedicado á una deidad mas benigna; Tezcatlipoca, segunda en honor respecto de aquel invisible Ser, el supremo Dios que no era representado por imágen alguna, y que no estaba limitado á ningun templo. Era Tezcatlipoca quien había criado al mundo y velaba sobre él con un cuidado paternal. Representábanle como á un jóven, y su imágen de piedra negra pulimentada, estaba ricamente ataviada de piezas y adornos de oro; en-

(27) Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.

(28) Véase la página 35 de este tomo.

tre los cuales, un escudo tan reluciente como un espejo, era su emblema mas característico, pues en él veía reflectados todos los sucesos del mundo; pero el homenaje ofrecido á este Dios, no era siempre mas humano ó mas benigno que el tributado á su carnívoro hermano, pues veíanse sobre su altar, cinco corazones ensangrentados, puestos en un plato de oro.

Los muros de estas dos capillas estaban salpicados de sangre humana. „Era mas intolerable el hedor,” exclama Diaz, „que el de las casas de matanza en Castilla.” Y las caprichosas formas de los sacerdotes con sus vestiduras negras, manchadas de sangre, moviéndose de un lugar á otro, parecieron á los españoles ser las de los mismos ministros de Satán (29).

De este inmundo lugar salieron con el mayor gusto al aire libre, y entonces volviéndose Cortés á Montezuma, díjole con una sonrisa: „No comprendo cómo un poderoso y sabio príncipe cual vos, puede poner su fe en tan malignos espíritus como son estos ídolos representantes del demonio. Si nos permitiérais erigir aquí la verdadera cruz, y colocar en vuestros santuarios las imágenes de la inmaculada Virgen y su sagrado Hijo, pronto veríais que vuestros falsos dioses sucumbían ante ellas.”

Mucho disgustó á Montezuma tan sacrílego discurso. „Estos son los dioses,” contestó, „que han conducido á los aztecas á la victoria desde que forman nación, y que envían las sementeras y las cosechas en sus respectivas estaciones. Si yo hubiera creído que habíais de hacerles este ultraje, no os hubiera introducido á su presencia.”

Despues de algunas excusas por haber herido los sentimientos del emperador, se despidió Cortés, y Montezuma permaneció en el templo diciendo, que debía expiar, si era posible, el crimen de haber expuesto los santuarios de sus divinidades á tal profanación por parte de los extranjeros (30).

Bajando al patio hicieron los españoles una detenida inspección de los otros edificios comprendidos en el recinto. La area estaba cubierta por un pavimento de piedra lisa, tan pulimentada, que con dificultad podían tenerse en pié

(29) „Y tenia en las paredes tantas costras de sangre, y el suelo todo bañado de ella, que en los mataderos de Castilla no habia tanto hedor.” Bernal Diaz, Hist. de la conquista, ubi supra.—Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, pp. 105 y 106.—Carta del Lic. Zuazo, MS.—Véase tambien sobre las noticias de estas deidades á Sahagun, lib. 3, cap. 1, y sig.—Torquemada, Monarqu. indiana, lib. 6, cap. 20 y 21.—Acosta, lib. 5, cap. 9.

(30) Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

Cualquiera que examine la gran carta de Cortés á Carlos V, se sorprenderá de hallar referido que en lugar de excusarse con Montezuma, arrojó por tierra los ídolos, y erigió en su lugar los emblemas cristianos. (Rel. seg., en Lorenzana, p. 106.) Pero este acontecimiento fué muy posterior. El conquistador escribió sus comunicaciones con demasiada rapidez y concisión, para que pueda señalar siempre con exactitud el tiempo y circunstancias. Probablemente se encontrará esta misma falta en la prolija é inestimable Crónica de Diaz.

los caballos. Habia otros varios *teocallis*, dedicados á las diferentes deidades aztecas, edificados en lo general bajo el modelo del principal, aunque de muy inferiores dimensiones (31). En sus cumbres lucian los altares coronados de perpétuas llamas, las cuales con las de los numerosos templos que habia en otros puntos de la capital, comunicaban una brillante iluminacion á las calles durante las largas noches (32).

Entre los *teocallis* erigidos en el recinto, habia uno consagrado á Quetzalcoatl, de forma circular, y cuya entrada imitaba la boca de un dragon, con erizados y afilados colmillos, chorreando sangre. Al dirigir los españoles una mirada furtiva por la garganta de este horrible monstruo, vieron reunidos allí los instrumentos del sacrificio y otras horribles abominaciones. Sus duros corazones se estremecieron con el espectáculo que tenian á la vista, y designaron este lugar no muy inmerecidamente, con el nombre de „Infierno” (33).

Otra fábrica debe notarse como característica de la brutal naturaleza de su religion; un baluarte ó montecillo piramidal que tenia en su ancha cumbre un complicado cerco de madera, en el cual estaba colocado inmenso número de cráneos humanos pertenecientes á las víctimas, en su mayor parte prisioneros que habian perecido en la detestable piedra del sacrificio. Uno de los soldados tuvo la paciencia de contar estos horribles trofeos, y asegura eran ciento treinta y seis mil (34). Pudiera dudarse de tal asercion, si el Antiguo Mundo no presentara un ejemplo semejante en los Gólgotas piramidales que conmemoraban los triunfos de Tamerlan (35).

Habia muchos edificios en este mismo recinto destinados á la habitacion de los sacerdotes y otras personas empleadas en los oficios de la religion. Dícese que

(31) „Cuarenta torres muy altas y bien obradas.” Rel. seg. de Cortés, en Lorenzana, p. 105.

(32) „Delante de todos estos altares habia braseros que toda la noche ardian, y en las salas tambien tenian sus fuegos.” Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.

(33) Bernal Diaz, *Ibid.*, ubi supra.

Toribio hace mencion tambien de este templo con el mismo halagüeño epíteto.

„La boca hecha como de infierno y en ella pintada la boca de una temerosa sierpe con terribles colmillos y dientes, y en algunas de estas los colmillos eran de bulto, que verlo y entrar dentro ponía gran temor y grima, en especial el infierno que estaba en México, que parecia traslado del verdadero infierno.” Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 4.

(34) Bernal Diaz, ubi supra.

„Andres de Tapia, que me lo dijo, y Gonzalo de Umbria, las contaron un dia, y hallaron ciento y treinta y seis mil calaveras, en las vigas y gradas.” Gomara, Crónica, cap. 82.

(35) Gibbon hace mencion de tres colecciones de estos execrables horrores caprichosamente dispuestos, por todos doscientos treinta mil. (Decline and Fall, ed Milman, tom. I, p. 52, vol. XII, p. 45.) Un literato europeo elogia, „la piedad de este conquistador, su moderacion y su justicia.” Row's Dedication of „Tamerlane.”

todo su número ascendía á varios miles. Allí estaban tambien los seminarios principales para la instruccion de la juventud de ambos sexos, pertenecientes en lo general á la clase mas rica y elevada. Las jóvenes eran enseñadas por las mugeres de edad que oficiaban como sacerdotisas, costumbre recibida tambien en Egipto. Confiesan los españoles que en estas instituciones, se tenía el mayor cuidado por la moral, y se observaba el mas honesto comportamiento. Ocupaban principalmente su tiempo las pupilas, como en la mayor parte de los establecimientos monásticos, en el minucioso y molesto ceremonial de su religion. A los niños se les enseñaba aquellos elementos de las ciencias que estaban al alcance de sus maestros, y las niñas aprendian á tejer y bordar, cuya habilidad empleaban en decorar los templos. A una edad proporcionada salian generalmente al mundo á desempeñar las ocupaciones correspondientes á su clase, aunque algunas permanecian constantemente consagradas á los servicios de la religion (36).

Veianse edificios de un carácter todavia mas diferente. Graneros donde se almacenaban los ricos productos de las posesiones de la iglesia, y los primeros frutos y demas ofrendas de los fieles. Otra espaciosa mansion estaba reservada para los extranjeros de alto rango que venian en peregrinacion al gran *teocalli*. Todo el recinto estaba adornado de jardines sombreados por envejecidos árboles y regados por fuentes y receptáculos que alimentaban los abundantes arroyos de Chapoltepec. Esta pequeña sociedad estaba, pues, provista de casi todo lo necesario, para su propia manutencion y para el servicio del templo (37).

Era una miniatura de ella misma; una ciudad dentro de otra ciudad, y segun la asercion de Cortés, ocupaba un terreno bastante para edificar quinientas casas (38). Ella presentaba en este breve ámbito el extremo de la barbarie, mezclado con una cierta civilizacion enteramente característica á los aztecas. Los rudos conquistadores solo hallaron pruebas de lo primero. En las fantásticas y simbólicas facciones de las divinidades, miraban los verdaderos lineamientos de Satán: en los ritos y frívolos ceremoniales, su código especial de condenacion; y en el modesto porte y esmerada educacion de los alumnos de los seminarios, los engaños con que seducian á sus ilusas víctimas (39). Antes de que transcur-

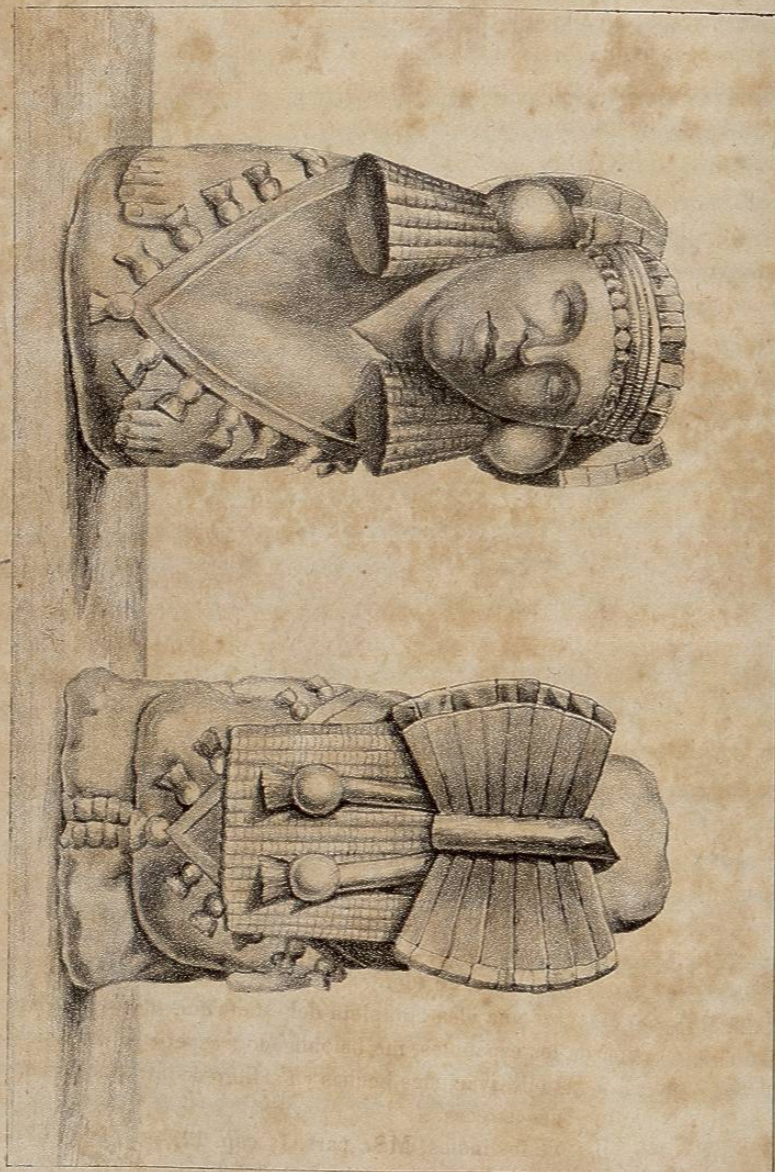
(36) Véase la página 42 de este tomo.

El deseo de dar al lector una idea completa del estado que guardaba la capital en el tiempo que la ocuparon los españoles, me ha obligado á repetir en este capítulo y en el anterior algunas de las observaciones hechas en el libro de introduccion de esta historia sobre las instituciones aztecas.

(37) Toribio, Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 12.—Gomara, Crónica, cap. 80.—Rel d'un gent., ap. Ramusio, tom. III, fol. 309.

(38) „Es tan grande que dentro del circuito de ella, que es todo cercado de muro muy alto, se podia muy bien facer una villa de quinientos vecinos.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 105.

(39) „Todas estas mugeres,” dice el Padre Toribio, „estaban aquí sirviendo al demonio por sus propios intereses; las unas porque el demonio las hiciese modestas,” &c. Hist. de los indios, MS., part. 1, cap. 9.



riera un siglo, los descendientes de estos mismos españoles ditinguieron en los misterios de la religion azteca, rasgos oscuros y desfigurados de la revelacion cristiana y de la de los judíos (40). Tales fueron las opuestas conclusiones del ignorante soldado y del literato. Un filósofo libre de la supersticion, podria dudar cuál de las dos es mas extraordinaria.

La vista de las abominaciones indias, parece infundió en los españoles un sentimiento mas vivo por su propia religion; pues el dia siguiente pidieron permiso á Montezuma para convertir en capilla uno de los salones de su residencia, con el objeto de celebrar allí las ceremonias de su iglesia. El monarca, en cuyo pecho pronto se habia extinguido todo resentimiento, fácilmente accedió á la demanda, y envió á algunos aztecas para que les ayudaran en sus trabajos.

Mientras esto se hacia, algunos de los españoles observaron una cosa que parecia puerta recientemente tapiada. Decian comunmente que Montezuma aun conservaba los tesoros de su padre el rey Axayacatl en este antiguo palacio, y los españoles sabiendo ese hecho, no escrupulizaron satisfacer su curiosidad removiendo el yeso que formaba la pared. Como se habia creido, ocultaba una puerta, y forzándola encontraron que aquel rumor no era exagerado. Vieron un espacioso salon lleno de ricas y hermosas telas, curiosas manufacturas de varias clases, oro y plata en barras y en pasta, y muchas joyas de valor. Formaba todo esto el tesoro privado de Montezuma; tal vez las contribuciones de las ciudades tributarias, y en un tiempo la propiedad de su padre. „Era yo joven,” dice Diaz, que fué uno de los que vieron este tesoro, „y me pareció que todas la riquezas del mundo estaban en aquel sitio” (41). Los españoles, sin embargo de su alegría por el descubrimiento de este precioso depósito, parece que sintieron al menos por entonces, un loable escrúpulo de apropiárselo; y Cortés despues de hacer que se cubriese la puerta como antes estaba, dió estrictas órdenes sobre que nada se dijera del asunto, no queriendo que llegase á oídos de Montezuma que sus huéspedes sabian la existencia del tesoro.

Tres dias fueron bastantes para concluir la capilla; y los cristianos tuvieron la satisfaccion de verse en posesion de un templo, donde pudieran tributar á Dios el culto de sus mayores bajo la proteccion de la Cruz y de la sagrada Virgen. Diariamente celebraban misa los padres Olmedo y Diaz en presencia de todo el ejército, que era muy solícito y ejemplar en su devocion; parte, dice el historiador arriba citado, por la naturaleza del acto, y parte por la influencia edificante que debia ejercer en el iluso infiel (42.)

(40) Véase el Apéndice, part. 1.

(41) „Y luego lo supimos entre todos los demas capitanes, y soldados, y lo entramos á ver muy secretamente, y como yo lo vi, digo que me admiré, é como en aquel tiempo era mancebo, y no habia visto en mi vida riquezas como aquellas, tuve por cierto, que en el mundo no debiera haber otras tantas.” Hist. de la conquista, cap. 93.

(42) Ibid., lug. cit.

CAPITULO III.

ANSIEDAD DE CORTES.—PRISION DE MONTEZUMA.—TRATO QUE RECIBIÓ DE LOS ESPAÑOLES.—EJECUCION DE SUS OFICIALES.—PONENSELE GRILLOS.—REFLEXIONES.

1519.

Habian estado ya los españoles en Méjico una semana, en cuyo tiempo habian recibido del emperador el trato mas amistoso; pero el ánimo de Cortés se hallaba muy lejos de estar tranquilo. Conocia que era incierto cuánto tiempo duraria esta benévola disposicion. Mil circunstancias podrian ocurrir que la cambiaran. Debia naturalmente hallar demasiado gravoso para su erario el sostenimiento de tan crecido número de hombres. Los habitantes de la capital podian al fin disgustarse con la presencia de una fuerza armada tan numerosa dentro de sus murallas; muchas causas de disgustos podian suscitarse entre los soldados y los ciudadanos. Ciertamente apenas era posible que una soldadesca ruda y licenciosa cual la de los españoles pudiera conservarse sujeta sin distraerla con alguna ocupacion activa (1). Era mayor el peligro con los tlascaltecas, raza feroz puesta diariamente en contacto con una nacion á quien aborrecia y detestaba. Corrian ya rumores entre los aliados, fuesen fundados ó no, de murmuraciones de los mejicanos, acompañadas de amenazas de levantar los puentes (2). Aun cuando por entonces se hubiera permitido á los españoles ocupar

(1) „Los españoles,” dice Cortés francamente de sus compatriotas, „somos algo inoportunos, é importunos.” Rel. seg., en Lorenzana, p. 84.

(2) Gomara, Crónica, cap. 84.

Hay razon para dudar de la verdad de estos cuentos. „Segun una carta original que tengo en mi poder firmada de las tres cabezas de la Nueva-España en donde escriben á la Magestad del Emperador Nuestro Señor (que Dios tenga en su santo reino), disculpan en ella á Motecuhzoma y á los mejicanos de esto, y de lo demas que se les arguyó, que lo cierto era que fué invencion de los tlascaltecas, y de algunos de los españoles que veían la hora de salirse de miedo de la ciudad, y poner en cobro innumerables riquezas que habian venido á sus manos.” Ixtlilxochitl, Hist. chich., MS., cap. 85.